

Con tal filosofía y teología políticas y como miembro fiel de la comunidad judía de Berlín, Mendelssohn no podía por menos que emprender otra tarea: ofrecer a sus correligionarios una traducción de la Biblia en base a una exégesis que la apartara de las lecturas conservadoras y autosegregacionistas de la tradición askenazi. Se inicia el 1768 con el libro más heterodoxo del Antiguo Testamento, el *Kohélet*; sigue el 1774 con los *Salmos*, y entre 1778 y 1783 se ocupa del *Pentateuco*. Bourel efectúa en este capítulo (*La traducción de la Bible*) un interesante análisis comparativo entre la versión de Mendelssohn y la de Lutero concluyendo los dos criterios que presiden la traducción del berlinés: en general, y contrariamente a la tradición rabínica, no tiene inconveniente en aceptar y aproximarse a Lutero, pero apartándose de éste en los puntos exegéticos de tipo cristológico para una mejor restitución del sentido original (no cristiano) del texto. Además de la importante labor filológica y hermenéutica de su traducción, Mendelssohn fue así causa determinante de un cambio significativo en el universo cultural del judaísmo askenazi: «el alemán —lengua extranjera en la comunidad en el siglo XVIII— se convierte en lengua de los judíos» (p. 389). Con lo cual la misma traducción se convierte en símbolo de su autor: instrumento promotor como ningún otro de su programa emancipador, esto es, de integración en el espacio cultural germánico a través del texto por antonomasia de la comunidad judía.

No cabe duda que la erudición de Bourel en su excelente reconstrucción de la figura de Mendelssohn habrá de resultar de interés, no sólo para el estudioso de la filosofía moderna, sino en general para cualquier europeo (o judío) dispuesto a reconocer el complejo juego de alteridades que constituyen nuestro pasado. El estudioso, junto a la lectura de los capítulos, encontrará en el aparato de notas finales y de comentario bibliográfico un auténtica recopilación enciclopédica de referencias

históricas siempre útiles. El europeo (o judío) encontrará, en esta época proclive a integristos y fundamentalismos de diverso tipo, una de las mediaciones dialógicas más esenciales de su identidad cultural: mediación posible —conviente no olvidarlo— porque, en palabras ya citadas de Mendelssohn, un verdadero diálogo no lo es nunca entre un pastor luterano y un contable judío, sino entre hombres igualmente razonables. El balance final de Bourel es suficientemente ilustrativo al respecto: «Mendelssohn fue el hombre de una doble fidelidad, al pensamiento alemán y al pensamiento judío, mostrando no sólo la posibilidad, sino incluso la necesidad del mestizaje, de la hibridación, tanto para Europa como para los judíos, hallándose cada uno frente al otro, próximo o lejano, “casi idéntico” o extranjero, pero indisolublemente unido al otro para lo mejor como para lo peor» (p. 462). *De te fabula narratur!*—SALVI TURRÓ.

JONAS, HANS, *Memorias* (Madrid, Losada, 2005). 471 pp. [Traducción de Illana Giner Comín. Basadas en las conversaciones con Rachel Salamander. Premio de Lore Jonas. Prólogo de Rachel Salamander. Editado por Christian Wiese.]

Hans Jonas forma parte, con Koestler, Popper, Heidegger o Wittgenstein, del selecto grupo de pensadores y escritores a quienes tocó vivir en primera persona gran parte de las peripecias del turbulento siglo XX. Pero, como en todo, hay diferencias. La trayectoria vital de Jonas no dibuja el perfil de una desmesura excéntrica, como la de Wittgenstein, ni de una tenaz ambición teórica, como la de Popper, ni de un lamentable olvido del prójimo, como la de Heidegger, ni de un aventurismo desquiciado, como la de Koestler. Probablemente no se pueda medir con ninguno de estos hombres en el terreno de la genialidad, pero a cambio alcanzó una plenitud mucho más satisfactoria desde el punto de

vista de la coherencia biográfica. Las grandes resoluciones que fue tomando resultan diáfanas, comprensibles, refrendables a poco que uno haga el esfuerzo de ponerse en su momento histórico y lugar. Jonas resulta admirable en virtud de su misma humanidad, entendiendo el calificativo no en el sentido peyorativo que acostumbramos a darle desde Nietzsche, sino en el de la presencia ponderada de todos los registros y escalas en que se mueve nuestra especie. Una inteligente labor editorial ha eliminado de las grabaciones magnetofónicas realizadas por Rachel Salamander lo que de premioso, fragmentario e incierto suele haber en toda conversación, sin perder el aire de espontaneidad y verismo que constituye su mayor atractivo. Como resultado, las cuatrocientas páginas largas se leen con la misma facilidad que una buena novela. Algo más pesado resulta el apéndice integrado por las «Cartas formativas» (el mero título ahuyenta) que el autor remitió a su esposa durante la guerra. Sirven para ilustrar cómo las personas de amplias miras consiguen elevarse a las más altas cotas de abstracción teórica en las condiciones materiales y espirituales más adversas (¿no ocurrió lo mismo con el *Tractatus* y con la *Sociedad abierta*?). Con todo, hubiera sido preferible un poco más de *color local* para ilustrar tan cruciales episodios.

Jonas cuenta su vida, y su relación se sigue sin fatiga, porque la mayoría de las veces se presenta lisa y llanamente como un hombre cabal. En efecto, ¿qué otra cosa cuadraba a un joven judío alemán del período de entreguerras que hacerse sionista?, ¿qué maestros más adecuados para estudiar filosofía que los que él escogió: Husserl, Heidegger, Spranger, Troelsch? ¿qué mejor decisión para un intelectual que vivió la mayor crisis espiritual de la historia que bucear en las raíces de la religiosidad europea con sus trabajos sobre el gnosticismo?, ¿qué otra alternativa que tomar las armas para defender la civilización frente a Hitler y la promesa de una

patria tras la desmesura de la *Shoa*?, ¿qué lección más redonda de reconciliación que su peregrinaje por la devastada Alemania, recuperando de personas como Jaspers, Bultmann o el editor Ruprecht, los jirones de dignidad que quedaban en la tierra donde se perpetró el mayor asesinato en masa de la historia?, ¿qué misión más hermosa para un filósofo que intentar conquistar la meca del pragmatismo tecnocrático con una biología teórica de altos vuelos, así como emprender una precoz y nada demagógica reflexión sobre ecología y bioética? Nada falta y nada sobra. También hay, por supuesto, detalles que lo limitan y vuelven falible, como su temperamento colérico, un comprensible pero pasajero afán de revancha, cierto orgullo de raza, la ingenuidad con que alardea de triunfos y habilidades... Todo ello en la proporción justa para no resultar antipático, para mostrar que ha de bregar con las imperfecciones de quien está hecho del mismo barro que todos. Vanidad y humildad no son, después de todo, cualidades incompatibles. Son viejos adversarios que llegado el caso pueden darse la mano.

Con todo, la riqueza más impagable del libro es la sinceridad. Los entresijos de las relaciones y personalidades de los filósofos e intelectuales que conoció quedan expuestos a la luz pública en toda su desnudez, aunque sin dejar de lado la justicia y hasta cierta complicidad. Los grandes siguen siendo grandes, a pesar de sus sombras (como ilustra bien el caso de Heidegger). La amistad no exige renuncia a la discrepancia y la crítica (nada mejor para comprobarlo que el tratamiento que da a la figura de Hannah Arendt). Ni al más miserable se le regatean los valores que sus miserias ocultan. El cuadro que Jonas esboza del mundo que ha vivido y los personajes que lo pueblan será sin duda parcial, pero no contaminado por concesiones a lo políticamente correcto. Otro tanto se puede decir de su autorretrato. Jonas no necesita adornarse con plumas ajenas ni maquillarse con falsas modestias

para resultar atractivo e incluso admirable. Es de los que pueden permitirse el lujo de decir la verdad —su verdad, si se quiere—, sin escamotear la noticia de fracasos, renunciadas, desfallecimientos. La historia de la emigración a América y el subsiguiente rechazo de la cátedra ofertada por la Universidad hebrea de Jerusalén puede ser decepcionante para los que prefieran el género hagiográfico al biográfico. A primera vista señala el paso de una juventud heroica a una madurez burguesa. Pero las mejores heroicidades no son las que sirven para un guión de cómic. Por ejemplo, Jonas cuenta que se integró en la Hagana (ejército judío clandestino de autodefensa) sin llegar a entrar nunca en combate, pero mucho más que los tiros que pudiera haber llegado a disparar valieron las interminables noches de miedo, soledad e insomnio que tuvo que pasar de vigilancia en desperdigadas colonias rurales de Judea. Del mismo modo, para un hebreo que pasó a pie de trinchera la Segunda Guerra Mundial y la gesta fundacional del estado de Israel, lo fácil hasta cierto punto hubiera sido contagiarse de épica hasta el final de sus días. Convertirse en alguien que vela por mujer e hijos, en ciudadano de una época antes que de un país; decidir que, una vez entregados los años mozos a su pueblo y nación, se debe en adelante a las obligaciones que le alcanzan por su escueta humanidad, parece por lo menos defendible e incluso preferible.

La mejor lección que imparte Jonas, como hombre y como filósofo, es su sensibilidad a los matices. La vida no es un tajante claro-oscuro. Debemos aprender a navegar por toda la gama de tonos intermedios que dominan la existencia, y hay un modo de hacerlo que no es mediocre, ni gris, ni equivale a tibieza y sincretismo. En el pasaje quizá más memorable de todo el libro, Jonas, que ha vivido en primera persona toda la problemática del desarraigo espiritual del hombre contemporáneo, se enfrenta a la pregunta más radical formulada por alguien que le acaba de pre-

sentar su amiga Hannah Arendt: «¿Cree usted en Dios»? Tan directamente nadie me lo había planteado, ¡y una persona casi desconocida! Primero la miré algo desconcertado, pero entonces lo medité y dije —para mi propia sorpresa—: “¡Sí!”. Hannah se estremeció, todavía recuerdo que casi me miró espantada. “¿De verdad?”. Y contesté: “Sí. En definitiva, sí. Más allá de lo que eso pueda significar, creo que la respuesta *sí* se ajusta más a la verdad que un *no*”. Poco después, a solas con Hannah, volvimos a hablar de Dios, y ella me dijo: “Nunca he dudado de la existencia de un Dios personal”. A lo que dije: “Pero Hannah, ¡nunca lo hubiera imaginado! Y ahora sí que no entiendo por qué te quedaste tan extrañada la otra noche”. Y ella contestó: “Estaba conmovida por el hecho de escucharlo de tus labios, pues jamás lo habría creído”. De manera que ambos nos habíamos sorprendido mutuamente con aquella confesión» (p. 370). Nada sorprende más que la verdad, es decir, que el coraje de ser sincero y asumir, con los ojos bien abiertos y tras la agonía de una deliberación que ha agotado por completo las fuerzas de la razón, los riesgos de una decisión en la que de algún modo queda comprometida toda la existencia. La vida y obra de Jonas es una muestra sobresaliente de ese tipo de coraje, lo cual constituye una aportación nada despreciable para los tiempos que corren—JUAN ARANA.

BALANSARD, ANNE, «*Technè*» dans les «*Dialogues*» de Platon: l’empreinte de la *sophistique* (Sankt Augustin, Academia Verlag, 2001. International Plato Studies; vol. 14). 430 pp., ISBN: 3-89665-154-4.

Quizá lo más significativo de esta obra de Anne Balansard —tesis doctoral de la autora dirigida por la helenista S. Saïd y defendida en diciembre de 1997 en la Universidad de Paris X-Nanterre— sea el haber sabido encontrar un lugar de confluencia entre un marcado método e interés filoló-